

## Isaías 52:7-12

Sermón graduación de seminaristas de 2009

Texto Isaías 52:7-12

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»! «¡Voz de tus atalayas!» Alzarán la voz; a una voz gritarán de júbilo, porque con sus propios ojos verán que Jehová vuelve a traer a Sión. ¡Cantad alabanzas, alegraos juntas, ruinas de Jerusalén, porque Jehová ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén! Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro. ¡Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda! ¡Salid de en medio de ella, purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová! Porque no saldréis apresurados ni iréis huyendo, porque Jehová irá delante de vosotros, y vuestra retaguardia será el Dios de Israel.

Estimados hermanos y hermanas en Cristo Jesús, y especialmente ustedes, los de la promoción Martín Lutero de 2009:

¡Y ustedes pensaron que ya habían terminado! Culminaron sus estudios de teología bíblica con un curso de exégesis del profeta Isaías, terminamos con broche de oro con el capítulo estelar del Antiguo Testamento, Isaías 53, que presenta todo lo que Cristo hizo en su muerte y resurrección, y aquí estamos otra vez con un pasaje hermoso de Isaías que ni tuvimos tiempo que tocar en la clase, las palabras que vienen inmediatamente antes de ese famoso capítulo del Siervo que sufre por nuestra redención.

¿Pero no es esto apropiado? Estamos aquí para una graduación. Han terminado sus estudios formales en el seminario, pero lo que hoy hacen no es poner fin a algo, sino seguir un paso más adelante en un camino en que ya estaban. La palabra graduación viene del latín, *gradus*, que significa un paso en una caminata. Y eso es lo que ustedes están haciendo, pasando de lo teórico a lo práctico, pasando de la preparación a la actividad, pasando de ser principalmente estudiantes para ser los que todavía estudian, pero sobre todo para enseñar a otros.

Y qué grande y glorioso es el privilegio que el Señor les da ahora, de ser sus mensajeros, pregoneros del evangelio de la paz, personas que llaman a los perdidos al arrepentimiento y la fe en el Dios salvador.

En nuestro texto se presenta la gloria de su tarea con las palabras: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!»!”

La profecía se dirige en primer lugar a un pueblo descorazonado, deprimido por el gran desastre nacional que sus pecados habían traído sobre ellos. Israel, la nación a la cual Dios había elegido y llamado a sí mismo, que había rescatado de la esclavitud en Egipto y metido en forma gloriosa a la tierra de Israel había perdido esa tierra por su propio pecado y rebelión. Habían sido desterrados, puestos bajo servidumbre en Babilonia. Parecía que Dios mismo había sido vencido y que las naciones gentiles habían triunfado.

Pero ahora al pueblo desolado de Israel se le presenta la imagen de la gran liberación que el Dios fiel hará para su pueblo, al regresarlos a su tierra desde Babilonia, y así preparar el terreno para la liberación aun mayor para el mundo entero que cumpliría Cristo en Gólgota.

¡Un pueblo desesperado escucharía alegres noticias! Traen a Jerusalén el mensaje de la liberación que ha obrado su Dios. El tiempo de la ira ha pasado. El mensaje ahora es de victoria y liberación. Se resume así: El mensajero es el que trae alegres nuevas, el que anuncia la paz, el que trae nuevas del bien, en fin, el que publica salvación.

San Pablo aplica este pasaje directamente a la proclamación del mensaje de la salvación del Nuevo Testamento. En Romanos 10 nos dice: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!».” (Ro 10.14-15).

Pronto ustedes recibirán sus llamamientos para ser vicarios bajo la supervisión de algún pastor de nuestra iglesia, y después, Dios mediante, recibirán un llamamiento para servir como pastores en

el servicio de la iglesia. Isaías describe el contenido de su mensaje bajo tres términos, alegres noticias, la paz, nuevas del bien. No son tres cosas distintas, sino tres maneras de ver la misma gloriosa realidad que es nuestra redención por medio del Señor Jesucristo. A los que sólo hemos merecido la condenación a causa de nuestros pecados, a los que nacimos en servidumbre al pecado y a Satanás, nos anunciarán que nuestros pecados han sido perdonados. Que porque Jehová cargó en él, en Cristo, toda nuestra culpa y todo nuestro pecado, nosotros estamos libres de culpa y castigo. De hecho hay paz, hemos sido reconciliados con Dios porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados. Y porque somos liberados del pecado, gozamos de los tesoros de la herencia celestial, lo cual verdaderamente son nuevas del bien. Y ustedes tienen el privilegio de anunciar esta salvación por la pura gracia de Dios a los que no lo hemos merecido.

¿Y cuál será la reacción en los que escuchan? Sabemos que no todos creerán, no todos reaccionarán con alegría. Pablo sigue en Romanos 10 citando del comienzo del capítulo 53 de Isaías: “Pero no todos obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?».” (Ro 10.16). Pero también tienen la segura promesa de que el mensaje del evangelio que ustedes proclaman sí producirá fruto. Isaías dice en el capítulo 55: “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié” (Is 55.10-11).

Pablo también habla del bendito resultado que vendrá de su predicación del evangelio de Cristo: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Ro 10.17).

Isaías nos presenta la reacción de los que reciben con fe las alegres noticias de la victoria de su Dios sobre todos sus enemigos: “«¡Voz de tus atalayas!» Alzarán la voz; a una voz gritarán de júbilo, porque con sus propios ojos verán que Jehová vuelve a traer a Sión. ¡Cantad alabanzas, alegraos juntas, ruinas de Jerusalén, porque Jehová ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén! Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro”. Los atalayas en los muros de Jerusalén fueron los primeros de ver, primero lejos, y luego ojo

a ojo a los que traían las alegres noticias de que el pueblo era liberado del exilio y regresaba a casa. ¿Quién produjo esa victoria y esa liberación? Nadie menos que Jehová mismo, que desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones. Pero esa victoria sobre Babilonia sólo prefiguraba la liberación tanto mayor que Cristo logró en beneficio del mundo entero. Libró la batalla contra Satanás y todos sus huestes en Getsemaní y en Gólgota, y al tercer día era evidente que Satanás y la muerte y el pecado que había sido la razón de su dominio habían sido vencidos. “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá descendencia, vivirá por largos días y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará sobre sí las iniquidades de ellos” (Is 53.10-11). O como Pablo lo expresa: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?, porque el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la Ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co 15.54-57). ¡Qué alegría será para los creyentes escuchar estas buenas noticias de la victoria de Cristo y la derrota de sus enemigos en beneficio nuestro! Verdaderamente tendremos motivo de cantar alabanzas, de regocijarnos juntamente.

Claro que tendrán que llamar al arrepentimiento también con la firme predicación de la ley de Dios. Isaías resalta este aspecto de su ministerio con las palabras: “¡Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda! ¡Salid de en medio de ella, purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová!” Pablo también cita esto en el Nuevo Testamento advirtiendo a nosotros que hemos sido liberados por Cristo en contra de seguir apegándonos a este mundo y su pecado y así arriesgar de nuevo nuestra salvación que costó tanto a Cristo conseguir. “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos, porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión, la luz con las tinieblas? ¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Y vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: «Habitaré y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo». Por lo cual, «Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso»” (2 Co 6.14-18). Sólo cuando nos damos cuenta de nuestra falta de dignidad, sólo cuando nos damos cuenta de la profundidad en que habíamos caído y de la cual hemos sido liberados por Cristo, el evangelio nos impresionará con todo su esplendor y alegría. Así no teman predicar también la ley y llamar al pueblo al arrepentimiento, pero dejen que el dulce evangelio sea el

mensaje que predomine en toda su enseñanza y predicación, al igual como en el cuidado personal de las almas.

Y tengan la seguridad de que Dios mismo les acompañará en todas sus labores. Isaías termina nuestro texto con las palabras: “Jehová irá delante de vosotros, y vuestra retaguardia será el Dios de Israel”. Cristo mismo les asegura: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra... Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Con el Todopoderoso a su lado para protegerlos en todo su trabajo, pueden en verdad tomar este paso, este *gradus*, al futuro de servicio que el Señor les encomienda. Pueden realmente con valentía cumplir la obra que se les encomienda. Y bendito sea Dios, habrá personas que declaren “que hermosos han sido sus pies”, porque de ustedes habrán oído buenas nuevas, nuevas de paz, nuevas del bien, porque por medio de ustedes habrán llegado a conocer a su Salvador o ser fortalecidos en su conocimiento de él. Así vayan con ánimo a sus campos de trabajo, seguros en la presencia de su Salvador y de su bendición. Amén.